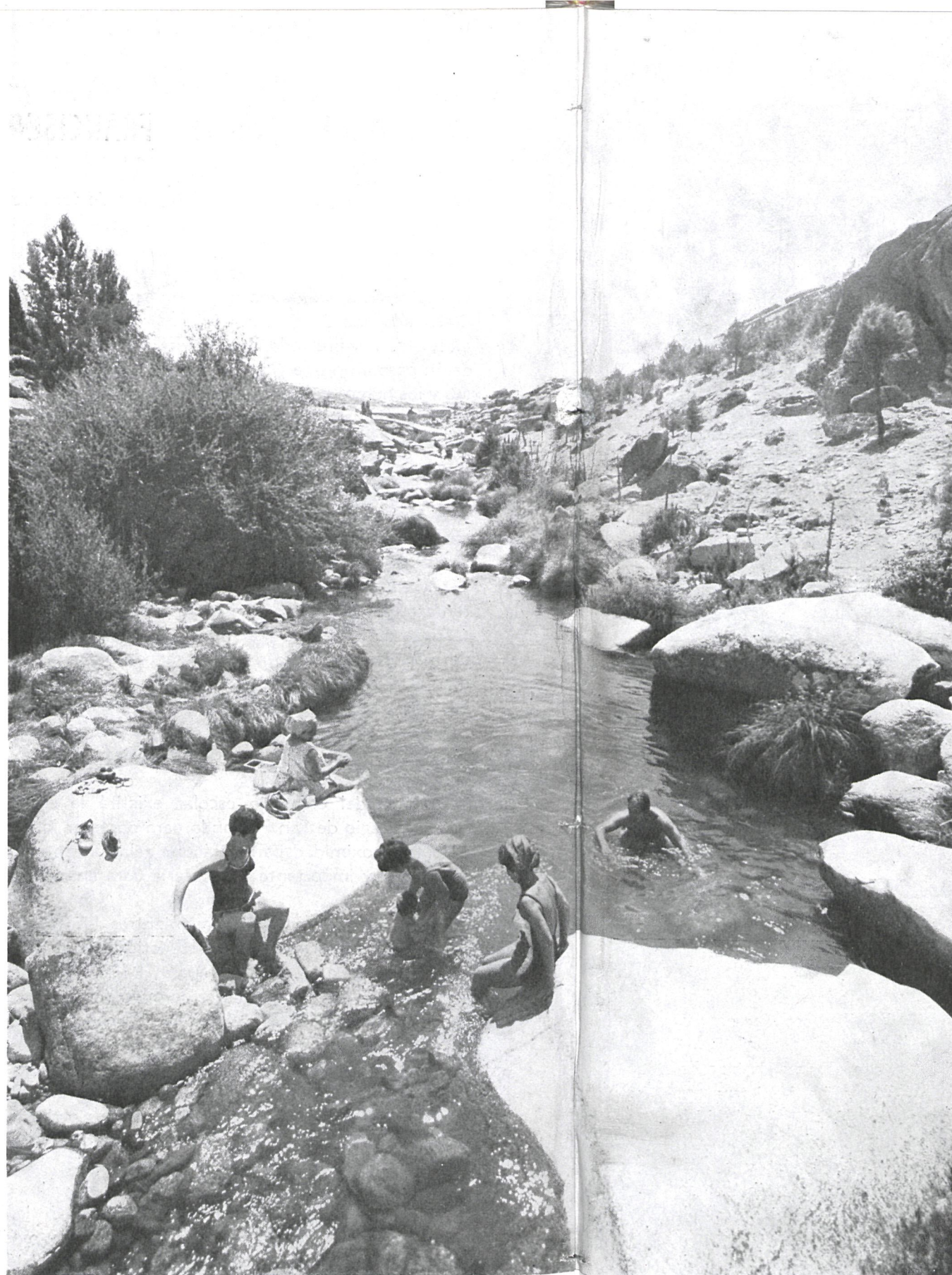


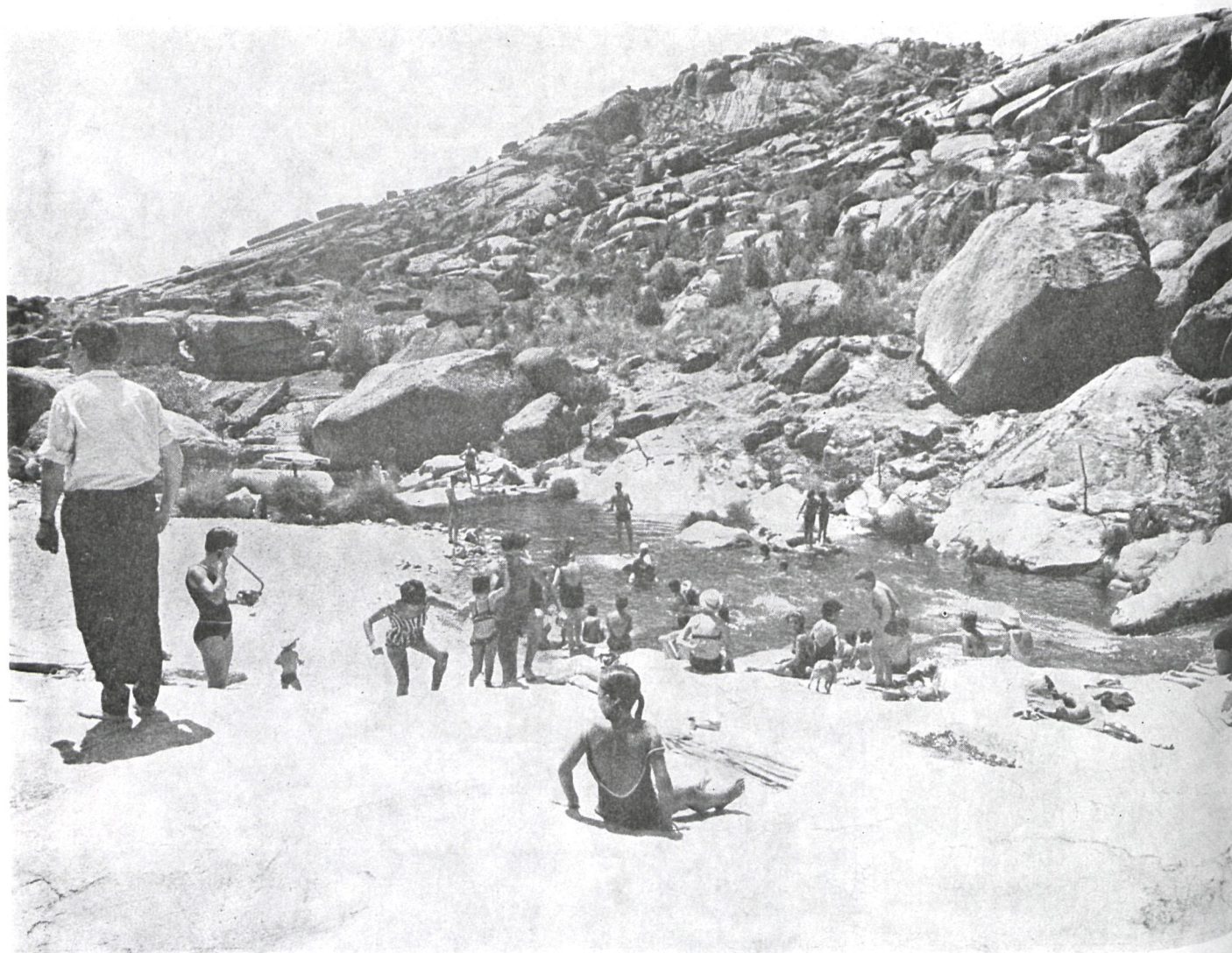
Nace aquí, al pie de La Pedriza, de los enormes cantos grises y ocres. Fuente-cillas que ayer eran nieve se unen, y el río niño inicia su caminata zigzagueante y débil sobre peñascos para encontrar en seguida el cauce que le marcan los primeros chopos. Era, en otro tiempo, esta cuna del río, un severo paisaje de soledad. Pocos llegaban hasta aquí. La Pedriza tenía en torno suyo una leyenda miedo.

«Que la rezaga inverniza echó a los hatos el lobo del canchal de La Pedriza».

Era el que podría llamarse «tiempo heroico» de la Sierra. Enrique de Mesa recorrió despaciosa y amorosamente este paisaje de cumbres y hielo. Como él, poetas, escritores, profesores. Don Miguel de Unamuno, que llevaba por entonces en su ánimo la visión «del Manzanares metropolitano y arterioesclerótico» fue un día a buscar «la mocedad del río pequeño y con ella la de Castilla la Nueva, Manzanares arriba, hasta dar vista y pecho a La Pedriza, en la Sierra de Guadarrama».



EL MANZANARES
COSTA DEL SOL
EN CASTILLA



El modesto Manzanares adquiere aquí, como se ve en los fotos, categoría de costa de moda.



Pero ha quedado lejos, en el espíritu más que en el tiempo, la antigua y noble soledad de esta cuna del río. Los canchos de La Pedriza son hoy el telón de fondo de una estampa multicolor y alegre. Las márgenes del Manzanares están repletas de coches, de toldos, de tiendas de campo. Y no es sólo la oleada de fiestas y domingos, el gentío de esos «puentes» que interrumpen gozosamente la vida y el trabajo de la ciudad. En cualquier día, la afluencia es muy intensa también. Hay familias que tienen instalada allí su tienda de lona desde hace más de un mes. Sólo cuando el invierno llegue y con él amenacen las ventiscas, tornará La Pedriza a su severa soledad antigua —alterada, de cualquier modo, en la pausa dominical— y volverá a ser, como en el romance de los pastores, «triste y oscura».

De la sierra a la capital

Avanza el Manzanares, recogiendo a su paso la aportación de arroyos y fuentes. En una de sus márgenes, en lo alto, queda el castillo de Manzanares el Real. Zigzaguea el cauce y recibe las aguas de un nuevo río: el Navacerrada. Juntos entran en el embalse de Santillana. Después, el Manzanares, libre de nuevo, se adentra por los campos y los llanos de Colmenar. A sus orillas bajan a veces los toros de las ganaderías próximas.

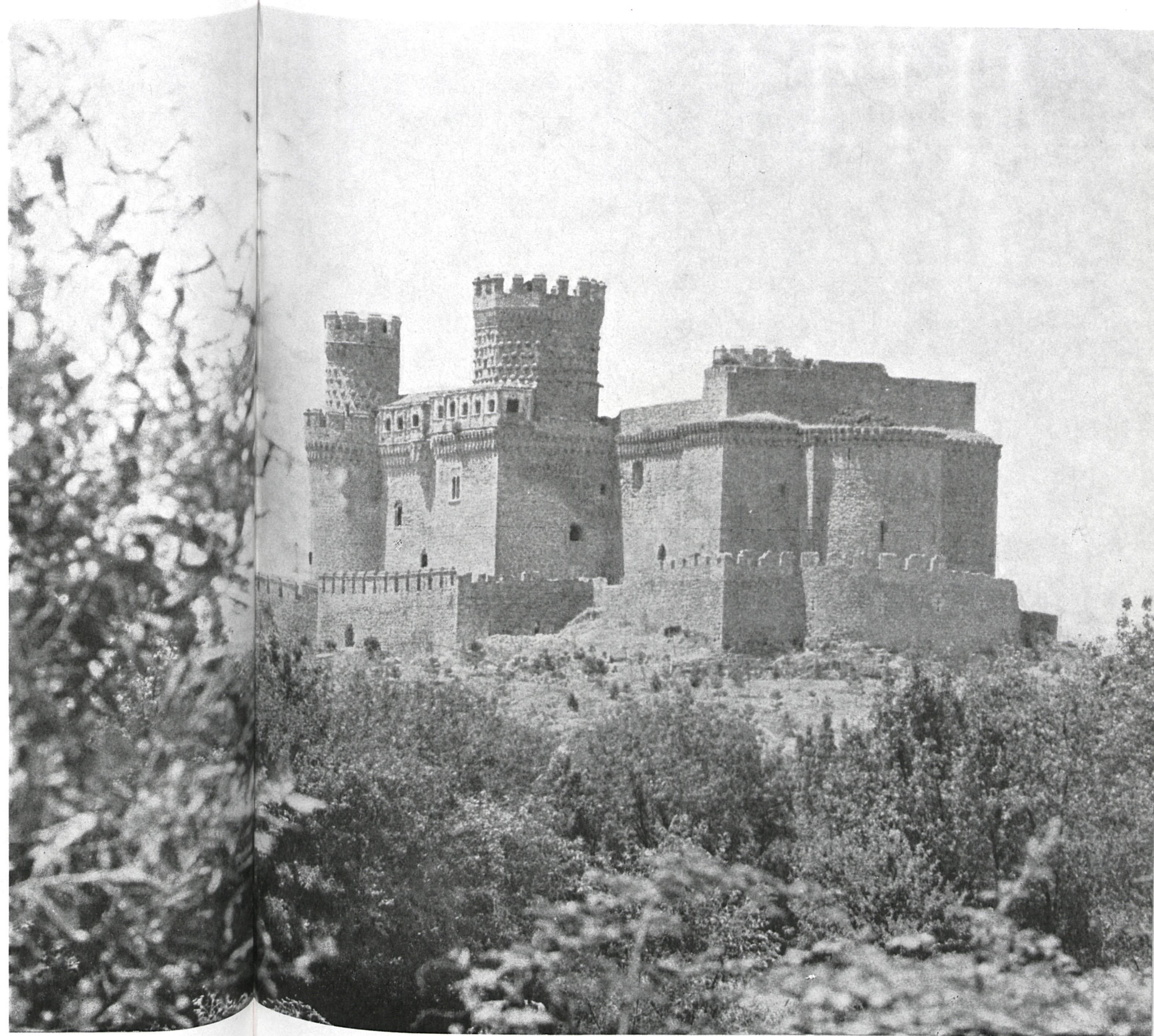
El seco paisaje va haciéndose más jugoso: están cerca los encinares de El Pardo. El río ha perdido aquella animación rumorosa que tenía al pie de La Pedriza. Camina en soledad. Ya divisa, en la lejanía, entre la masa verde, la línea blanca del Palacio y, en lo alto, la cruz del convento capuchino. Al acercarse a El Pardo, el Manzanares torna a ofrecerse con la estampa abigarrada de su nacimiento. Sus aguas —escasas por aquí— se llenan de bañistas, y en las márgenes se alza la vida polícroma de las tiendas y los toldos. Han nacido, al conjuro de esta afluencia humana, merenderos, restaurantes populares, puestos de refrescos. Uno de éstos, sólo a unos metros del río, se llama «La costa verde».

Ya apenas se separa de sus orillas el cuadro de la gente que se baña. He aquí el Parque Sindical, rumoroso, congestionado, vital. Pasa el río bajo el puente de San Fernando. Está ya a las puertas de Madrid. Y la estampa, repentinamente, como por arte mágica, cambia. Es un Manzanares nuevo y distinto, reciente, amplio, casi caudaloso.

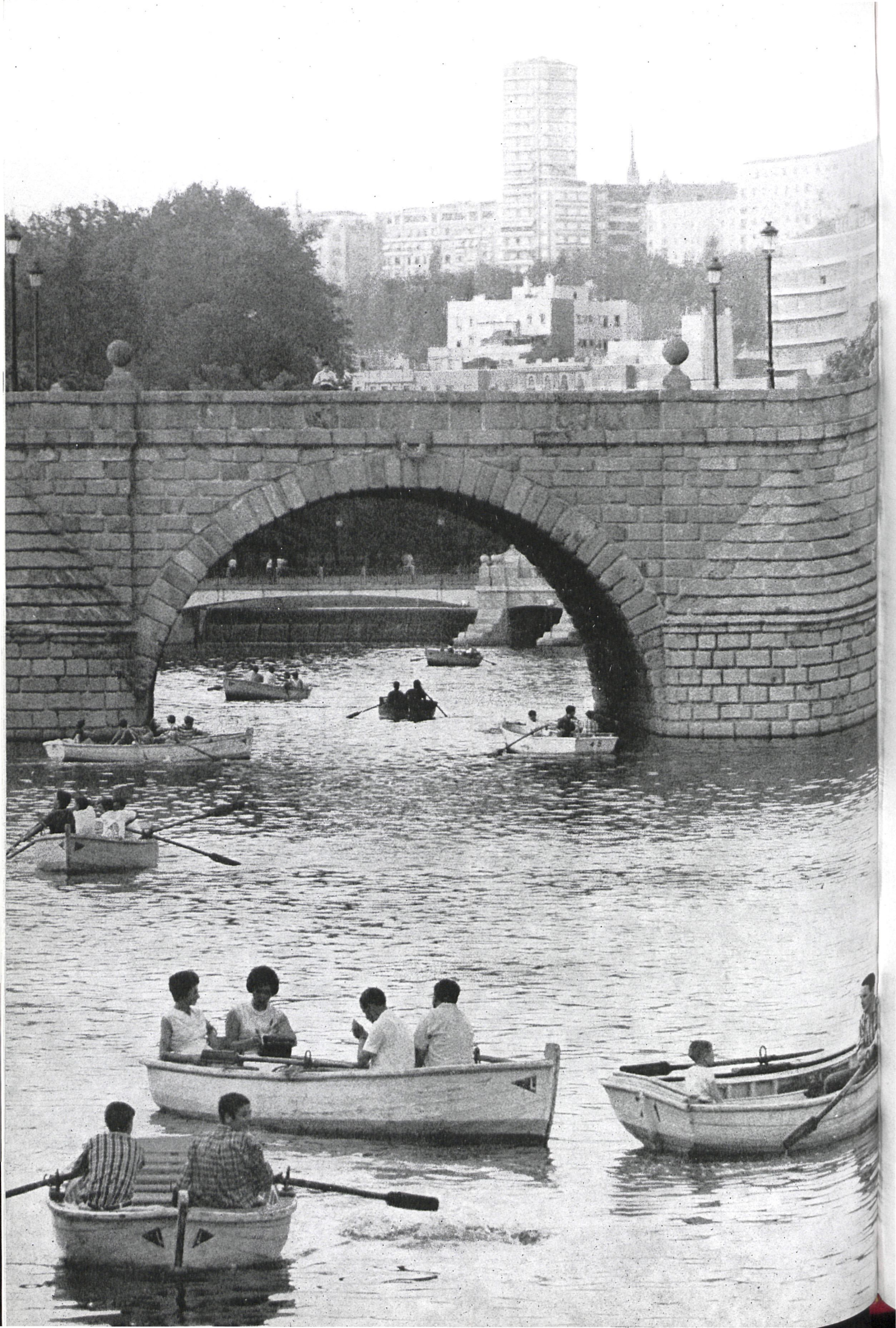
El río pasa por Madrid

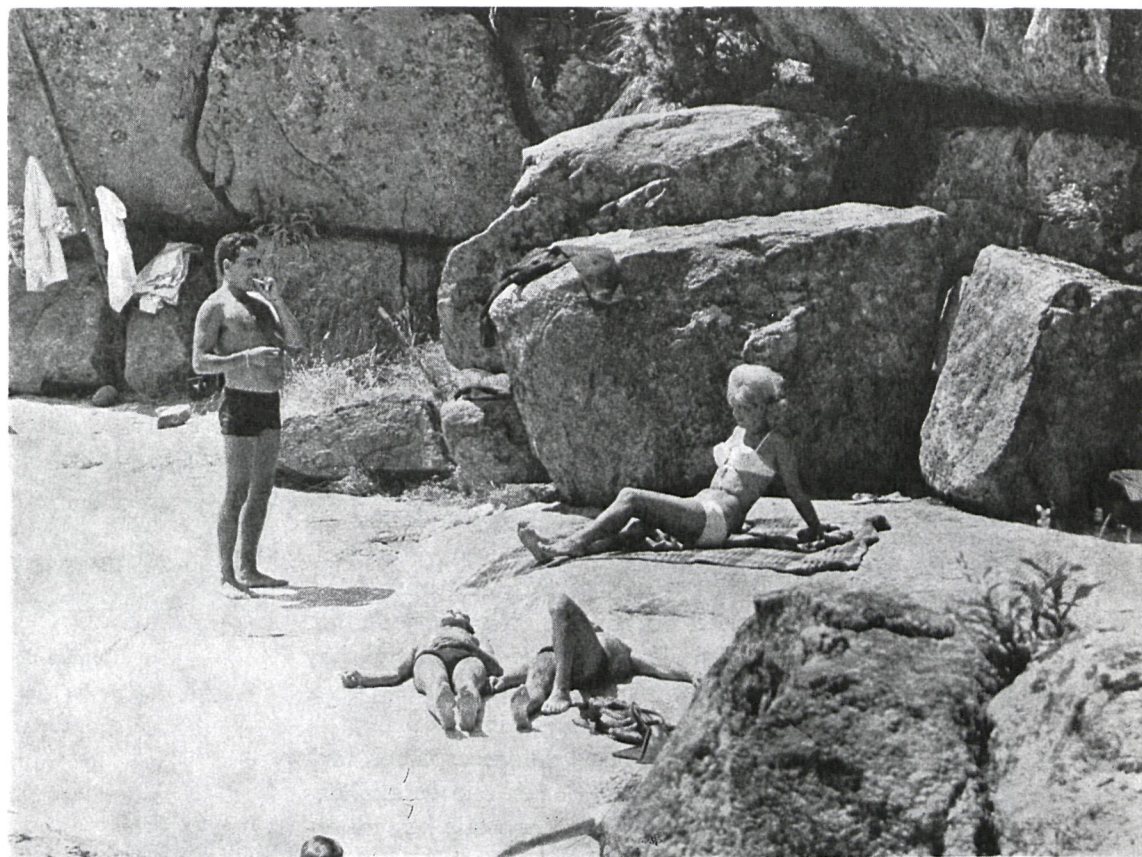
Ciñe por el Sur a Madrid. A un lado, la ciudad, los rascacielos, los campanarios, la mole blanca del Palacio Real. Al otro lado, en la opuesta colina, los cementerios románticos del XIX, la ermita de San Isidro. En este tramo del río, el recuerdo inevitable de Goya, que por aquí tuvo su quinta. A uno y otro lado, casi frente a frente, las dos ermitas más madrileñas: la de San Isidro y la de San Antonio.

Pero la imagen verbenera de otro tiempo no es ya



El Castillo de Manzanares no podía faltar, en estas breves andanzas del río que lleva su nombre, al placer de disfrutar sus aguas; hay que añadir el valor turístico e histórico del Castillo, que tantas veces ha ocupado nuestra atención.





A la izquierda, el río ya canalizado —Puente de Segovia— dentro de un bello paraje urbano, en contraste con las otras fotos de La Pedriza y El Pardo.

la del río a su paso por Madrid. El Manzanares se ha despojado de su humildad antigua. Se ha ensanchado y embellecido. No es, como antes, un río de suburbio, sino que es —o está en camino de ser— un río de gran ciudad. En sus dos márgenes, jardines, paseos, casas de línea nueva. Toda la compleja trama de realizaciones y sonrisas que caben bajo esa palabra tan repetida hoy: urbanización.

Esta nueva cara del Manzanares es obra actual de la trasguerra. Pero responde a un viejo sueño de técnicos